

LA URSS DESDE OCCIDENTE

EDUARDO HARO TECGLEN

NO es fácil seguir el pensamiento político y estratégico de la Unión Soviética en estos momentos. La campaña que emite Moscú por todas sus vías posibles reduce toda la cuestión política internacional a denunciar una situación de cerco, responder con una "ofensiva de paz" y advertir de su capacidad de fuerza para hacer frente a cualquier situación. Es una superficie: responde evidentemente a un sentimiento político, pero no es más que una superficie. La URSS, como corresponde a la psicología y las características sociológicas de su régimen, cuida las superficies visibles, los aspectos de unanimidad, la sensación de bloque. Forma parte de su ritual, y toda una organización interna está inventada para eso. También forma parte de su ritual, casi de su superstición, una creencia de que encuentra su mayor fuerza en situaciones de acoso y partiendo de unas situaciones de inferioridad original. Aparte de que la psicología del comunismo y del marxismo están basadas en esa ideología de la capacidad de transformar las situaciones adversas, la URSS tiene unas cuantas experiencias históricas importantes en ese sentido: desde la situación de inferioridad de los revolucionarios frente al zarismo, a la de los bolcheviques frente a los mencheviques; desde la victoria popular en la guerra civil hasta la rotura del "cinturón sanitario" de las grandes potencias, y el triunfo sobre la capacidad militar de la Alemania nazi, y la supervivencia en la guerra fría cuando los Estados Unidos tenían ya probada la bomba atómica. Esta especie de sentimiento de la infalibilidad no fue solamente soviético: los enemigos de la URSS llegaron a creer en una eficacia máxima.

Es difícil saber lo que sobrevive de esta mitología en la sociedad soviética actual. Es incluso difícil saber en qué consiste la sociedad soviética actual, y su capacidad de reacción. Apenas tenemos más recurso que advertirlo por vía de comparación, transportando algunos de los problemas de las sociedades oc-

cidentales. Si en todo occidente hay una crisis de valores, una desconfianza en las clases políticas y una inseguridad en los resultados finales de la forma de civilización en que estamos metidos, algo muy similar está sucediendo en la URSS. El poder está envejecido. Nada hay más penoso que la contemplación de Brejnev, del ya invisible Kossiguin, del rígido Gromyko, de los pesa-

combatientes. Tienden a fijar el máximo de lo posible en las circunstancias en las que participaron y fueron protagonistas; convierten la coyuntura del pasado en doctrina. No es sólo un asunto de intereses o de conservación de privilegios, como suele decirse; es un problema de creencias. Se tiende a creer que una forma ideológica convertida en una lucha que ha triunfado es incapaz

de ser perfeccionada; ha llegado al máximo, y no soporta ninguna transformación. En general, es el problema sociológico diario del enfrentamiento de las generaciones. En términos de política y de poder es siempre grave. Tenemos un término de comparación posible: el envejecimiento del régimen de ex combatientes en la España de Franco y la persistencia de sus supervivientes en esta España, con la convicción de que cualquier transformación equivale a una catástrofe. El efecto de esta política en la URSS es el de la creación de una especie de sistema de escalafón en el poder, que siempre será gerontocrático. Siempre irá con varias generaciones de retraso.

Pero la realidad es siempre un



Después de Giscard, Schmidt se entrevistará con Brejnev, tratando de que el cerco no se cierre del todo, peligrosamente, en torno a la URSS. En la foto, un encuentro retrospectivo entre los estadistas germano y soviético.

dos mariscales. Es un poder de supervivientes. Casi se acabó la generación de los que hicieron la revolución; les han sucedido los que hicieron o contemplaron en su infancia la guerra civil y el bloqueo, y el ascenso lento del país. Una de las cosas más graves que puede suceder a un país es la de estar gobernado por ex

combatientes. Tienden a fijar el máximo de lo posible en las circunstancias en las que participaron y fueron protagonistas; convierten la coyuntura del pasado en doctrina. No es sólo un asunto de intereses o de conservación de privilegios, como suele decirse; es un problema de creencias. Se tiende a creer que una forma ideológica convertida en una lucha que ha triunfado es incapaz

poco más tétrica de lo que se suele creer. La verdad es que esta vieja clase en el poder, esta clase esclerotizada y poco capaz para adaptarse a las circunstancias de la vida, se está enfrentando a una situación antigua. Algunos tratadistas estiman que la verdadera guerra fría empezó en 1917, y no les falta razón. Los fa-



Nikolai Alexandrovich, miembro del Comité Central del Partido Comunista soviético, durante su entrevista con el ministro de economía alemán, Otto Count Lambsdorff.

moses catorce puntos de Wilson eran una respuesta de los Estados Unidos a la revolución rusa y las propuestas de Lenin para manejar Europa; no es difícil ver en el Carter de hoy una continuación del Wilson de entonces.

Lo que sucedía entonces era que las dos sociedades relativamente jóvenes que se enfrentaban tenían un amplio soporte mundial, cada una en su ámbito y en su vía. No lo tienen hoy, más que en su aspecto de enfrentamiento mutuo. No parece que la sociedad soviética quiera seguir más tiempo la vía en que la ha metido una esclerosis de la revolución, una fijación en los puntos antiguos. No tiene, por el momento, caminos para transformarla. Pero no tiene estímulo para sostenerla, a no ser la noción de la defensa propia. No puede decirse que las sociedades occidentales estén satisfechas con el modelo de civilización en que han caído. Tienen formas para expresarlo, y lo expresan. Pero tampoco, por lo que va viendo, tienen capacidad para llevar adelante la transformación. Tiene razón Kissinger cuando toma un dato, el de la dimisión de Cyrus Vance, para hacer este diagnóstico: "Si en el cuarto año de la Administración (entiéndase la presidencia de Carter), el secretario de Estado dimite por cuestiones de principio, no es algo que se pueda subestimar. Se explica así el sentido de incertidumbre que los aliados han tomado con respecto al camino que hemos emprendido". Quizá sea algo más que incertidumbre. Los aliados de Estados Unidos —si-

guiendo una corriente amplia de opinión pública: podríamos decir, la sociedad occidental— tratan de zafarse del camino emprendido por los Estados Unidos, y si no lo consiguen no es por razón de intereses superiores o de ideologías que mantener, sino de obligaciones, de relaciones de fuerza.

Giscard, con la entrevista de Varsovia, Schmidt con su viaje a Moscú, están tratando de romper la situación que, por antigua e irrazonable, les parece peligrosa, sobre la base mental de lo que creen ser un conocimiento de la situación de la URSS: dejar abierto un trecho del cerco, dejar un camino de salida. Temen que Moscú quiera repetir las situaciones antiguas que contribuyeron como es hoy. No olvidemos que en esas situaciones hay una guerra europea, una revolución, una guerra civil, años de hambre, decenios de campos de concentración, millares de fusilamientos, una guerra mundial y una guerra fría. La doctrina europea es la de que la URSS puede llegar a transformar su sociedad y su posición internacional si tiene salida; pero puede erizarse, encerrarse e incluso llegar a la guerra si se encuentra en una situación de vida o muerte. La doctrina de Estados Unidos, representada por Carter y Brzezinski, es la de que, por el contrario, la URSS es sólo sensible a la disuasión por la fuerza, por la amenaza, y que hay que continuar apretando. Cada una de estas dos partes concluyen en que la política de la otra es la forma más fácil de llegar a la guerra. ■

RAMON

